

101.- Invocarte

Verdaderamente es justo y necesario
que te alabemos y bendigamos, Padre,
siempre y en todo lugar
con nuestra confianza y nuestra acción de gracias.
Porque el auxilio nos viene de tu mano,
cuando levantamos el corazón a Ti.
Tú eres el guardián de tu pueblo,
el que hace justicia a toda persona
cuando te invoca con confianza.

Tú sabes lo que necesitamos
antes de que nadie te lo pida;
y, sin embargo, has querido que te invoquemos
para que, conociendo nuestra necesidad de Ti,
permanezcamos en ese diálogo amoroso,
que es gracia y fuerza en el quehacer de cada día.

Tú aceptaste la oración de Abraham, el justo,
escuchaste el clamor de tu pueblo oprimido
y le enviaste a Moisés como libertador e intercesor.

Te damos gracias, sobre todo, Señor,
porque nos enviaste a tu Hijo,
el verdadero salvador y mediador.
Por él, hermano nuestro,
nos atrevemos a llamarte Padre y Madre.
Con todos tus hijos dispersos por el mundo
y en nombre de todos los que no te conocen,
queremos darte gracias y aclamarte, cantando:

CANTO: Salmo 8:
Señor Dios nuestro
qué admirable es tu nombre
en toda la tierra
Cuando contemplo el cielo obra de tus dedos
la luna y las estrellas que has creado
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?
Señor Dios Nuestro
qué admirable es tu nombre

en toda la tierra.

Dios nuestro, Tú no resistes nuestras llamadas cuando sabemos invocarte con constancia, cuando seguimos en el campo de la batalla de la vida, mientras levantamos los brazos a Ti.

Jesús nos enseñó a invocarte como Padre bueno que no da piedras ni escorpiones a sus hijos.

Reunidos para celebrar esta alabanza te rogamos que envíes tu Espíritu, el Espíritu que Jesús nos prometió para que intercediera dentro de nosotros.

Que él haga agradables nuestras plegarias y convierta estos dones de pan y vino en el cuerpo y la sangre de tu hijo. Jesucristo.

El cual, para quedarse para siempre con nosotros, la noche antes de morir, reunido con sus amigos, tomó el pan...

Cada vez que comemos de este pan de vida y bebemos este cáliz de salvación anunciamos tu muerte y resurrección, Señor, hasta que vuelvas.

Jesús quiso congrega a su Iglesia como signo visible de salvación y asociarla a su función mediadora por el mundo.

Con la seguridad que nos da el sabernos reunidos en su nombre, nos dirigimos al Padre y le pedimos:

por la Iglesia extendida en todo el mundo, por este mundo maravilloso y doliente en el que intentamos vivir como personas.

Por los pobres, los enfermos, los encarcelados, por los que viven solos, lejos de su hogar, por los miembros de nuestras familias, por los miembros ausentes de esta comunidad, por los que confían en nuestras oraciones y esperan nuestro recuerdo ante Dios.

Por los que ya han muerto
pero llevan dentro el ansia de vivir para siempre,
y por todos aquellos cuya vida está en peligro.

Escúchanos, Dios Padre nuestro,
por Jesucristo, nuestro Señor,
por quien queremos también darte
esta alabanza y acción de gracias
en unión con el Espíritu, para siempre.